

Reflexiones Desde el Jardín

Gianfranco Ruggiano



Cinco semanas duró para mi la experiencia uchideshi en Aikido Kobayashi Dojo, del 29 de agosto al 2 de octubre... Aunque debo decir que este período se resiste a dejarse medir en los mismos parámetros temporales que otras cotidianidades.

Entre tantos otros lugares que tuve la oportunidad de visitar, me interesa comentar cierta percepción que me generó un breve paseo por el Hanata-en park, un hermoso jardín en la región de Koshigaya. Quizá porque recorriéndolo tuve la impresión de que los jardines japoneses podían representar algo así como la quintaesencia de una sociedad que me recibió de forma tan cálida y gentil, como ajena y extraña.

Caminando por los delicados pasajes del Hanata-en park, en un mediodía soleado de setiembre, entre puentes, estanques y bambúes, empezó a gestarse una idea que luego se confirmaría. Casi al llegar al final del recorrido me detuve a observar una vegetación perfectamente conservada que parecía muy cómodamente asentada en los breves espacios de que disponía; los peces que iban y venían por debajo del puente casi disfrutando de poder hacerlo sin ninguna prisa... Un detalle me llamó la atención particularmente: ni una hoja seca en el piso.

A partir de allí empecé a buscar, deliberadamente, algo que estuviera “fuera de lugar”. No hace falta decirlo, no pude encontrarlo.

Todo lo que formaba parte del cuadro que se componía ante mis ojos (la música del viento pasando entre los árboles que resonaba armónicamente con la del agua discurriendo en el estanque; las curvas del camino que se correspondían perfectamente con las del tronco de la enredadera que coronaba la pérgola), hasta el más mínimo detalle, parecía responder a un criterio estético y compositivo muy específico. Y si es cierto que en ocasiones uno intenta encontrar, allí donde no necesariamente las hay, confirmaciones de ideas previamente construidas, en este caso eso sucedió de una manera bastante sutil.

Al subir una pequeña elevación que permitía una visión relativamente completa del parque y casi habiendo ya desistido en mi búsqueda, al detenerme un momento a tomar aire en una sombra particularmente tupida, vi una pequeña hoja amarilla suspendida en el aire. No se trataba de algo sobrenatural, ni nada por el estilo. Simplemente una hoja que en su caída al suelo se había topado con una tela de araña y había quedado atrapada en ella; aunque recuerdo



haberle dicho a Melisa “En este lugar todo va tan lento que las arañas ayudan a las hojas muertas de los árboles a que su caída no sea tan abrupta.”

También recuerdo haberme ido del lugar pensando en la persona encargada de la limpieza en el jardín Hanata-en. ¿Se habría permitido un desliz poético en su obsesivo ímpetu estético/higiénico?, ¿habría dudado en dejar esta hoja a medio camino entre la rama y suelo?, ¿cómo saberlo? Y sin embargo, allí estaba la prueba material -y para mí irrefutable- de que incluso en el más perfecto orden es posible una fisura en la que nuestras ansias pueden sentarse a descansar.

Algo que ocupó pensamientos y conversaciones durante este período como uchideshi fue el tema (inevitable y recurrente) de las diferencias culturales entre Japón y Uruguay. Mi sensación al respecto es la de que, al igual que en un jardín japonés, en esta sociedad con la que estaba intentando convivir, cada cosa ocupa el espacio que inevitablemente le correspondía. Mi sensación al respecto es la de que existe una cierta belleza y una gran armonía en este funcionamiento que yo desconocía.

Reflexionando a partir de esta idea, caí en la cuenta de que ser uchideshi no podía ser algo tan difícil; apenas uno tenía que estar dispuesto a re significar los modos de hacer gran parte de las cosas que conforman su rutina diaria y supeditar la propia voluntad a algo mayor que ya está determinado y donde parecería no quedar grandes márgenes para innovaciones. Apenas uno tenía que estar dispuesto a dejar de lado la importancia de uno mismo y reconocer que antes que eso se debe priorizar el contribuir al normal funcionamiento del Dojo.

Supongo que los detalles de mi experiencia como uchideshi son más bien anecdóticos. Supongo que mi caso es más o menos similar que el de otros tantos. Siento que no hay mucho que pueda poner en palabras.

Senseis, compañeros y amigos en el tatami.

Paciencia, gentileza y calidez.

Me siento agradecido por haber sido ayudado a encontrar una fisura donde dejar descansar mis ansias.

